

XV.

De como al fin el padre Nitardo no pudo á pesar de su ciencia conjurar la tempestad que se formaba contra él por el rumbo de Barcelona.

AL era la agitacion que reinaba en la corte con motivo de los disturbios entre el confesor de la reina y el príncipe, que muy pocos advirtieron la desaparicion de D^a Laura.

D. Fernando de Valenzuela y D^a Eujenia, con quienes estaba íntimamente ligada la jóven, hicieron mil conjeturas, pero no se atrevieron á practicar averiguacion ninguna.

La reina habia dicho á D^a Eujenia hablando de D^a Laura:

—Ya está castigada su deslealtad.

El padre Nitardo habia dicho á Valenzuela:

—Pobre jóven, ella se buscó su ruina, así convenia á los intereses de S. M. y del reino.

Y nada mas, en la corte y sobre todo, en aquellos críticos momentos, la discrecion no solo era una virtud, era una necesidad: una imprudencia podia pagarse con la vida.

Los meses pasaban de esta manera, y la reina y su ministro no sabian qué partido tomar con el príncipe.

D. Juan de Austria seguia refugiado en Barcelona, y desde allí seguia escribiendo á la reina, urjiéndole para que desterrara al padre Nitardo.

Los ministros todos recibieron cartas del príncipe, comprometiéndolos á secundar sus designios para con D^a Maria Ana de Austria, pero esto, con tanto valor, con tanta vehemencia y con resolucion tan firme, que en la corte se comenzaron á tener sérios temores.

Los amigos del padre Nitardo, tímidos como son en jeneral los aduladores de los poderosos, creyeron era segura su caida y comenzaron á abandonarle.

Solo D. Fernando de Valenzuela redobló con él sus atenciones y sus respetos.

El padre Nitardo, triste y aflijido, no cesaba de suplicar á la reina le concediera su separacion.

—Señora—decia—es imposible por mas tiempo sostener esta situacion, V. M. comprende que todo el mundo me vuelve ya la espalda, el príncipe D. Juan está cada dia mas atrevido, y capaz será si no se media aquí con la prudencia, de osar algo contra la tranquilidad de los reinos; permítame V. M. que retirándome á mi colejo, pueda devolver la paz á la monarquía.

—¡Imposible!—contestó la reina—si por un acto de debilidad consintiese en separaros de mi lado, la osadía del príncipe y de sus partidarios no tendria entonces límites y querrian imponerme su voluntad como ley.

—Con que V. M. no les hiciera aprecio bastaria, que en tal caso, ellos mostraran su depravada intencion, y V. M. su grandeza.

—Todavía hay un medio que probar.

—No le veo, señora.

—Sí, el de la dulzura, yo escribiré al príncipe invitándolo á volver á Consuegra garantizándole su seguridad y creo que todo se allanará.

—Dios lo quiera, señora, pero me temo que V. M. confía demasiado en los buenos sentimientos del príncipe.

—Con intentar este medio, nada se pierde.

—Es verdad.

—Pues probemos, y si no surte el efecto que yo pienso, ya se verá en lo de adelante.

—Sea, pues, como V. M. lo quiere.

Al día siguiente partía un correo llevando al príncipe D. Juan de Austria una carta de la reina en que le invitaba á que volviese á Consuegra, y le garantizaba su libertad y seguridad.

El príncipe se encontraba en Barcelona, y allí estaba también el duque de Ossuna, y con él conferenció acerca del mensaje que acababa de recibir.

D. Juan de Austria opinaba por no acudir al llamado de la reina, pero el duque le hizo presente cuanto importaba aquel acto de desobediencia y lo comprometió á ponerse en camino, dándole para su seguridad tres compañías de jinetes que formaron entre todos trescientos hombres, y al frente de tan reducida tropa salió de Barcelona, si no en tren de guerra sí con esperanza de triunfar el que había sido jenerálísimo de los ejércitos de su padre el rey D. Felipe IV.

.....

El padre Nitardo se paseaba triste en su despacho, y D. Fernando de Valenzuela, de pié cerca de una de las mesas le escuchaba, contestándole á veces.

No brillaba ya en los ojos del confesor de la reina, la se-

guridad y la calma que en otros días; una sombra parecía haberse estendido sobre su semblante.

Las noticias que habían llegado del príncipe eran suficientes para alarmarle.

—Sabes—decía á Valenzuela—que el camino que hace el príncipe D. Juan es mas bien el de un triunfador que viene á recojer el premio de sus victorias que el de un vasallo perdonado por su rey.

—He oido decir, señor—contestó D. Fernando.

—Los pueblos le reciben por todas partes con arcos y músicas, los nobles salen á su encuentro, las ciudades se engalanan; fiestas, saraos, cuanto puede halagarle y enorgullecerle, todo lo encuentra, y todo se le prepara como haciendo con esto un reproche á S. M. que le había desterrado.....

—Quizá eso no tenga mas consecuencias.

—Te engañas, sin eso el príncipe se hubiera contentado con retirarse á su antigua residencia, pero despues de esas fiestas el príncipe estará mas audaz y sus partidarios mas osados, las intrigas se multiplicarán y quién sabe si la reina misma no podrá resistir; hay en la corte un nuevo elemento que está cerca de S. M. y que yo no sé por qué cada día se hace mas poderoso....

—¿Y qué elemento es ese, señor?

—D^a Inés de Medina, esa nueva dama de la reina.

—Creía yo que había entrado á palacio bajo la protección de V. E.

—Así fué en efecto, pero otra era entonces, ó esa mujer ha variado de plan en su conducta: oye, Valenzuela, tu lealtad para conmigo es completa y por eso para tí no tengo secretos.

—¡Señor!

—Esa dama no podrá nada contra mí ostensiblemente, téngola ligada por un secreto terrible, que voy á confiarte en dos palabras, para que sea mas adelante una arma en tus manos, porque yo estoy seguro de que no puedo conjurar esa tormenta que me amenaza.

—¡Tal vez sí, señor!

—No lo creas; en política todo el mundo maldice al que está en el ocaso, y solo Dios puede salvarme, pero tú tienes aun delante un gran porvenir, y D^a Inés puede ser algun dia tu enemiga: oye lo que solo la reina, ella y yo sabemos hasta ahora: D^a Inés denunció á D. José de Mallades y á todos los partidarios de D. Juan; ella es la causa de la muerte de aquel hombre.....

—¿Es posible, señor?

—Es la verdad, ahora guarda este secreto, porque en la corte es preciso para dominar, tener de cada uno un secreto que le haga ser sumiso cuando sea necesario; no olvides esta regla y serás poderoso cuanto puede serlo un hombre sobre la tierra.

—Es cierto, señor.

—Ahora, Valenzuela, voy á encargarte quizá el último servicio.

—Mándeme S. E.

—Conozco que esa tempestad no se disipa, pero necesito saber lo que tramán para la hora de mi caída mis enemigos; si tengo que descender, escoja yo al menos el modo y el dia.

—¿Pero qué quiere V. E. que yo haga?

—Yo creo que D^a Inés es la avanzada que tienen ya los partidarios de D. Juan dentro de palacio mismo, y al lado

de la reina: tú eres hábil, nadie sabe, ó al menos lo saben solo nuestros amigos, que tú eres mi partidario; todos te creen el amigo íntimo de D. José de Mallades, todos suponen que tú no te hiciste presentar á la corte, mas que por tu amor á D^a Eujenia, y que lo que has ambicionado en ese matrimonio es la proteccion de S. M.; pues bien, si tú procuras la intimidación con D^a Inés, ella se debe figurar que buscas en ella el apoyo para con los partidarios del príncipe; tendrá confianza de tí, te contará entre los *austríacos* y podrá ponerte al tanto de lo que ellos intentan; las mujeres en jeneral son poco discretas y creo que tú conseguirás lo que yo deseo.

—Obedeceré á V. E.... pero.....

—¿Qué?

—Pérdoneme V. E. que le haga una confesion, que si bien es impropia del respeto que le debo, es necesaria en estos momentos para que V. E. vea si esto podrá hacer que fracasen mis esfuerzos.

—Dime.

—Señor, en un tiempo fuí el galán de D^a Inés de Medina; logré casi su correspondencia, pero la abandoné, señor, para casarme con la que ahora es mi esposa, y me temo que D^a Inés esté profundamente ofendida.

—No lo estará, te aseguro; conozco el corazón humano, el resentimiento de esa mujer, si te quiso, habrá sido muy pasajero, y si te amó será entonces solo el orgullo herido lo que la apartará de tí, pero deseará en el fondo de su alma que le concedas tu amistad; Valenzuela, cuida de no resucitar ese amor porque será tu perdición en este mundo y en el otro, pero procura volver á la amistad de D^a Inés, que nos es necesaria en estos momentos en que los parti-

darios del príncipe no desconfían de ella, y se ajitan mas furiosos que nunca contra mí.

—Obedeceré á V. E. y Dios quiera iluminarme para lograr el éxito.

—Ten fé, y lograrás lo que deseas; la tormenta se acerca, y nadie seria capaz ya de apartarla de mi frente. Hágase la voluntad de Dios.

El confesor de la reina inclinó la cabeza y quedó en una profunda meditacion.

El poder y la gloria en que habia vivido por tantos años se desvanecian ante sus ojos como el humo.

La desgracia, la persecucion y la muerte, se presentaron á su imaginacion.

Valenzuela respetó su dolor y salió procurando no hacer ruido.

XVI.

De como se fueron complicando para Valenzuela los negocios en la corte.

QON Fernando vaciló interiormente un poco, pero al fin decidióse, y procuró encontrar ocasion de hablar á D^a Inés, cosa que no fué muy difícil.

El príncipe avanzaba hácia Madrid, la agitacion crecia en la corte, y en aquellos momentos de crisis, aun los que no se conocen se hablan, se platican, y se preguntan recíprocamente.

Valenzuela comenzó por saludar á D^a Inés, y contra lo que él esperaba, la jóven estuvo de lo mas amable.

—Señora—dijo D. Fernando resolviéndose como á dar una batalla—temia vuestra justa indignacion y por eso no me atrevia á hablaros.

—¿Por qué, D. Fernando? sois acaso culpable?

—Mucho, señora.

—¡Oh! no lo creais, culpable yo, que pensé en vuestro amor, culpable yo que quise poseer un corazon que ya era de otra, yo que creí en vuestros juramentos, sin comprender que me estábais engañando.